

SUMARIO

A propósito del conflicto italo-turco.—Acerca del ejército francés, por J. A.—El valor del arma blanca.—El combate de infantería.—Los generales del ejército italiano.—La lanza de la caballería francesa.—La artillería francesa de campaña.

BIBLIOTECA

Pliogo 29 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Wartenburg.

Pliogo 12 de «Un año en el Ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.

Pliogo 20 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.

Pliogo 4 de «La instrucción de tiro con ametralladora en el extranjero.»

A PROPÓSITO DEL CONFLICTO ITALO-TURCO

La guerra entre Italia y Turquía no es probable que alcance gran desarrollo. Necesaria ha sido la aceptación por parte de Turquía de este estado de guerra, para evitar tal vez una rebelión interior y para poder alegar en todo tiempo que ha sucumbido á la fuerza, pero que le asiste el derecho en su favor.

Desde el punto de vista militar, esa declaración, que envuelve la ocupación primero y la anexión después de Trípoli por Italia, presenta un aspecto que debe servir de lección á todos los pueblos, y en particular al nuestro.

Durante muchos años, ha sido severamente censurado el gobierno italiano por la extensión que daba á los armamentos y á los gastos militares navales y terrestres; se decía, al parecer con fundamento, que la nación no podía soportar las cargas económicas que le imponía su empeño de figurar como gran Potencia militar, y que esas cargas estaban poco justificadas, tanto por la situación poco próspera del país, como por no estar llamada Italia á intervenir en una guerra continental, de la que podía substraerse gracias á su posición en el S. de Europa. Pero esos gastos, ese numeroso ejército y esa costosa é importante flota de guerra, han permitido á la nación latina realizar en pocos días, con la seguridad que da la propia fuerza, una empresa que constituía uno de los ideales nacionales. Y precisamente por la gran superioridad de la escuadra italiana y del ejército de tierra sobre sus rivales turcos, es de suponer que la guerra no alcanzará las terribles proporciones que de otro modo habría alcanzado. De suerte, que á la postre los gastos efectuados en preparativos bélicos durante una

serie de años, permitirán á los italianos economizar mucha sangre y muchísimo dinero, que de otro modo se habrían derrochado en poco tiempo al estallar el conflicto; esto, aparte de conseguir la anexión de aquel trozo de Africa. En fin de cuentas, si Italia consigue el propósito que ha planteado, habrá resuelto el problema con una economía notable y sin desequilibrio sensible, merced á su previsión de prepararse en tiempo de paz para lograr lo que deseaba, porque no hay que olvidar que un día de guerra cuesta mucho más, en todos conceptos, que el aumento de acorazados ó de algunos millares de hombres durante el tiempo de paz. Por consiguiente, debemos envidiar la sagacidad y la previsión de que han dado relevantes pruebas los italianos.

Más dura y acerbamente criticados son todavía los gastos militares del Imperio alemán; la paz armada, el asombroso crecimiento de la marina de guerra alemana y lo numeroso y bien dotado del ejército de tierra, parecía que iban á acabar con la prosperidad de la nación, y no faltaban espíritus que se preciaban de cultos y capaces que preveían la próxima ruina de Alemania. Pero los recientes incidentes derivados de la presencia de los barcos de guerra alemanes en Agadir han demostrado de un modo fehaciente que lo que se tenía por despilfarro no era más que una verdadera y bien entendida economía.

Si bien se considera el caso, la historia no registra un hecho análogo al que ha acontecido con motivo de la manifestación naval en aguas de Agadir. En plena paz, sin que Alemania posea ningún derecho histórico, financiero, ni de otra clase sobre Marruecos, le ha servido la codicia de los franceses hacia ese caduco Imperio para pedir y obtener una compensación (?) territorial, apropiándose una extensión considerable de terreno que pertenecía á los franceses. Sin sacar la espada de la vaina, Alemania ha obtenido todos los beneficios de la guerra; se ha acrecentado su fuerza moral, en detrimento de la de su posible adversario, y aumentará sus posesiones en Africa, á expensas de las que poseía otra nación; poco más hubiera podido ser el beneficio de una guerra, pero este último beneficio hubiera costado mucha sangre, la interrupción de la vida normal de la nación y una pérdida de dinero que la mayor indemnización no hubiera compensado. Por donde se vé que sus formidables recursos militares le han bastado á Alemania para ganar la guerra antes de empeñarla, sin necesidad de llegar á ella. Compárese los sacrificios que habria tenido que hacer para conquistar los territorios africanos que pasarán tranquilamente á su poder, si para posesionarse de ellos hubiera sido menester ir á la guerra, con los que se traducen en gastos militares anuales, y se comprenderá que estos últimos son de todo punto insignificantes comparados con los primeros.

Verdad es que Francia en esta ocasión ha salido perdiendo, pese á su ejército y marina, pero no es menos cierto que ese mismo ejército y ma-

rina le han servido para ejercer su acción en Marruecos con la aquiescencia más ó menos espontánea de las demás potencias; y en conclusión, lo que pierda en el Congo, ó poco menos, lo ganará en Marruecos. Sin sus recursos militares, Francia ni pensar hubiera podido en prolongar hacia el O. sus territorios de Tunez y Argelia. También en este caso se confirma que los gastos militares efectuados gradualmente, en los presupuestos anuales, economizan luego inmensas sumas, y, sobre todo, permiten abrir nuevos horizontes á la vida nacional, que de otro modo permanecerían cerrados en absoluto.

Del mismo modo, en plena paz Inglaterra se apoderó de Egipto y ahora Rusia sienta su pesada mano sobre Persia, merced siempre á la existencia de poderosos ejércitos de mar y tierra. Y bien reciente está la anexión de Bosnia y Herzegovina por parte de Austria, también sin necesidad de lanzarse á una guerra.

De todo lo cual se infiere, que en nuestra época se ha descubierto el medio de ganar las guerras sin emprenderlas: basta la posesión de un fuerte instrumento para imponerse al rival. Hasta ahora, las grandes Potencias son las que han explotado este cómodo y eficaz sistema de expansión; pero queda igualmente abierto á las de segundo orden, toda vez que todavía hay otros muchísimos pueblos más débiles, y, sobre todo, teniendo en cuenta que las alianzas y convenios internacionales abren horizontes que quedarían cerrados á las fuerzas aisladas de una sola nación.

Cualquier incidente de caracter extraordinario que haga necesaria la intervención armada del ejército, supone un gasto que el de un aumento de contingente bastante grande en tiempo normal y con caracter permanente; y como además ha de medirse el valor preventivo, precisamente el que menos se vé, pero el más positivo, que tienen un poderoso ejército y una fuerte escuadra, habremos de concluir que en nuestra época se impone robustecer más cada día los elementos armados, seguros de que de este modo economizaremos sangre y dinero, por mucho que se gaste en los presupuestos ordinarios. Tengamos siempre muy presente que los servicios más importantes que presta una institución armada no son los de remediar, sino los de evitar, los de prevenir. Véase los considerables resultados obtenidos por las Grandes Potencias del empleo de sus fuerzar militares según ese método preventivo, y se disipará toda duda.

ACERCA DEL EJÉRCITO FRANCÉS

Mientras se desenvuelve la *conversación* franco-alemana, con sus alternativas de bonanzas y de crisis, la prensa de casi todo el mundo se entretiene en estudiar las probabilidades de éxito que militan en favor de cada una de las dos potencias, si se llega al caso extremo de una decla-

ración de guerra. Por este motivo, vamos á examinar un punto de la cuestión, que hasta ahora no ha sido objeto de las controversias de los periódicos.

Aunque el poderío militar de Alemania es sin duda mayor que el de Francia, con todo la diferencia no es tan grande, ni mucho menos, que quepa predecir el triunfo inevitable de aquélla, fundándolo en razones de orden material. Los elementos de guerra con que cuenta Francia, no ceden en número ni en calidad, antes bien es posible que superen en algo á los de su rival Alemania. El efectivo en pie de guerra es aproximadamente el mismo, compensándose la ligera debilidad relativa de los franceses con la buena organización defensiva de la frontera, mejor que la de Alemania. En recursos económicos, llevan ventaja nuestros vecinos, y en cuanto á la instrucción es difícil afirmar cuál de los dos ejércitos está á mayor altura.

El elemento director, el generalato, ha llegado en Francia á un nivel superior, no igualado en parte alguna. El generalato francés cuenta en su seno con hombres de conocimientos superiores, de grandísima práctica y experiencia, de capacidad acreditada, y poseedores á fondo de todas las cualidades que son menester para mandar ejércitos ó grandes masas de hombres. Con ser excelente el generalato alemán, creemos que le supera en saber y condiciones el francés.

En cuanto al soldado, franceses y alemanes están adornados de cualidades sobresalientes, como lo comprueba la historia de muchos siglos. Superiores los franceses en ardimiento y energía momentánea, no llegan sin embargo á poseer en tanto grado la resistencia y la tenacidad de los teutones.

En resumen, la balanza está muy equilibrada, y desde el punto de vista técnico, que casi siempre es el único que se toma en cuenta, los dos ejércitos son dignos rivales el uno del otro. No en balde Alemania ha asentado su poderío sobre un ejército perfecto, y Francia ha dedicado todas sus solicitudes, sin reparar en gastos, ni en sacrificios, á su ejército, persuadida de que sin una gran fuerza militar no seguiría desempeñando en el mundo el mismo papel que en los dos últimos siglos.

Pero hay otros factores que mueven el fiel de la balanza. El espíritu de disciplina, de respeto al superior y de subordinación se entienden de muy diferente manera en los dos pueblos. En Alemania, aquellas palabras no tienen otra significación que la que han tenido siempre, la vulgar, la propia de los vocablos; mientras que en Francia, muy trabajada por ideas disolventes, se ha querido velar ó encubrir la relajación de aquellas virtudes con la frase huera de disciplina activa ó consciente, algo así como la iniciativa, con la diferencia de que la iniciativa bien entendida nunca va contra la disciplina y la obediencia, sino que éstas encuentran en aquélla su mejor complemento y auxiliar, mientras que la iniciativa francesa tiene algo de caprichosa libertad.

Alegan los franceses, y hasta cierto punto tienen razón, que desde el momento en que el ejército es la nación en armas, todos, grandes y chicos, generales y soldados, deben saber lo que se va á ejecutar y han de desplegar sus facultades para contribuir colectivamente á la consecución del fin común. Pero lo que no dicen, aunque bien lo ven, es que esa libertad ó iniciativa ha de subordinarse siempre y en todas las circunstancias á las órdenes del que manda, sin que pueda admitirse el derecho á la crítica, ni á la interpretación. El sistema francés sería excelente para una banda de guerrilleros ó voluntarios de algunos, pocos, miles de hombres; pero no para ejércitos inmensos. Las grandes muchedumbres sólo pueden moverse útilmente cuando se las sujeta á una disciplina férrea, cuando una sola voluntad puede hacer sentir eficazmente su acción á todos y á cada uno.

Hay otra diferencia todavía: la iniciativa alemana tiene su característica y se distingue en particular por el espíritu de solidaridad que anima á todos los órganos y á todos los cuerpos; mientras que la iniciativa francesa sobresale en lo puramente personal y propio de cada uno. Es decir, que mientras los alemanes están educados para que desaparezcan las personalidades y se fundan en un todo armónico y único, los franceses saben desplegar mejor las cualidades de cada jefe y de cada organismo.

De esto resulta, que en detalle es acaso superior el ejército francés, mientras que en conjunto queda muy debajo, á nuestro juicio, del ejército alemán. Claro es que hasta que haya una gran guerra no se podrán sentar afirmaciones rotundas sobre estos extremos, pero basta recordar la conducta de los japoneses, discípulos y buenos imitadores de los alemanes, durante la campaña contra Rusia, para comprender lo que haría en un caso análogo el ejército alemán, llevando á su pleno desarrollo los procedimientos que á tan grande altura le colocaron en 1870-71.

De un defecto análogo adolece el generalato francés. Repetimos que á nuestro entender es el mejor del mundo; figuran en él verdaderos maestros, verdaderos sabios, hombres eminentes, capaces de dirigir los más numerosos ejércitos; pero les falta la sujeción estrecha á una autoridad suprema y única, el mando invariable y siempre fijo, que no sólo produce la ventaja de la unidad, sino que engendra en los inferiores, aunque estén llamados á dirigir centenares de miles de hombres, los estrechos lazos del compañerismo bien entendido y del concurso y reunión de esfuerzos; en eso estriba precisamente la principal fuerza del poderío militar de Alemania. No hay allí tantos excelentes generales como en Francia, pero en compensación sobran los órganos de segundo orden, sin los que las estrellas de primera magnitud de nada sirven. Valiéndonos de una figura vulgar, podríamos decir, que en Francia hay una constelación de refulgentes astros de primera magnitud á los que falta masa y núcleo, mientras que el ejército alemán es una máquina perfecta en la que no hay tantos órganos

de sobresaliente relieve, mas en la que cada cual sabe cumplir con su cometido individual y colectivo.

No se oculta á los franceses esa inferioridad de su ejército, dimanante de causas que son independientes de la voluntad y del poder de sus generales, puesto que provienen del estado social del país y de la organización política del Estado. El régimen francés no admite el sistema alemán, antes bien es incompatible con éste, y demasiado han hecho nuestros vecinos con conservar el ejército en el estado en que hoy se encuentra; con un poco menos de atención por parte del poder público, ó con un generalato menos ilustrado, aquel ejército estaría hoy poco menos que deshecho.

Si la guerra estallase, lo que no es de presumir á menos de que ocurra algún incidente imprevisto, y fuese derrotada Francia, no cabe duda que se alzaría allí un gran clamoreo contra los generales y oficiales, culpándoles de la derrota. Se recordaría en todos los tonos y de todas las maneras que la nación había dado gustosamente y sin regatear todos los recursos que se le pidieron para el ejército, que siempre se había preocupado de éste, que le había rodeado de las mayores solicitudes y aprecio, y que por consiguiente los directores, los generales y oficiales eran los únicos responsables del desastre. Pero no dirían que si bien es verdad que la nación había dado todo aquello y aun más al ejército, no le había dado lo que era todavía más esencial: la primera materia buena y el régimen marcial. Y habría de reconocerse si el caso llegaba, que la oficialidad francesa no tendría lícitamente el recurso de descargar su responsabilidad moral en otros, porque con su asentimiento y beneplácito se han acometido las reformas que tanto han perjudicado la robustez interior de la fuerza armada.

Ese ha sido el error de los militares franceses. Han creído que con la instrucción, el saber, la práctica y el material se tenía un ejército, olvidando que lo primero de todo es el espíritu, es la moral; no han hecho presentes á su debido tiempo los graves peligros y los inconvenientes que se derivaban de ciertas reformas anejas, si se quiere, al régimen social de aquel país, pero incompatibles con el ejército, y ahora han de aceptar toda la responsabilidad de su conducta; no han pecado por acción, pero sí por omisión.

Tratárase de un ejército reducido, de profesionales, y el sistema francés daría ópimos frutos; con las muchedumbres armadas, es imposible conseguir que el deber se infiltre por convencimiento en individuos que provienen de un medio social en el que se les predica todo lo contrario. Lo que es fácil tratándose de un número reducido de hombres ó de profesionales, resulta imposible si se quiere extender á toda la juventud de una nación. Lo más que se podrá lograr es que la apariencia sea aceptable y que las cualidades militares se conserven y mantengan cuando las cir-

cunstancias sean propicias, pero ¿acontecerá lo mismo cuando soplen vientos de desgracia?

La reducción del tiempo de servicio agrava el mal, porque no bastan dos años para encender nuevas ideas y sentimientos en hombres cuyos ideales son muy otros de los que constituyen las bases del ejército. Y como en esos dos años la instrucción ha de ser muy intensa, si se quiere que resulte completa y eficaz, el espíritu no descansa, no se le da lugar para que se amolde poco á poco al nuevo método de vida y á la austeridad de las costumbres militares, y suele el soldado, cuando recibe su licencia, salir en peores condiciones que cuando fué llamado al servicio. Por otra parte, la generalidad del servicio obligatorio, en un país como Francia, obliga al jefe y al oficial á transigir en algunas ocasiones, y cuando se transige se barrena profundamente la más honda raíz de las instituciones militares.

¿De qué ha servido á los franceses su brillante ejército en las campañas africanas y asiáticas? Claro es que no lo ha necesitado, pero no lo ha necesitado porque comprendía Francia que no le sería de provecho fuera de las fronteras de la metrópoli, y ha procurado y conseguido suplirlo por otros medios. Y llegamos á la extraña teoría de que los ejércitos han de ser diferentes según el cometido que hayan de llenar, de que el más firme instrumento de un Estado no pueda servir incondicionalmente para todas las necesidades de éste.

En resumen, encontramos en el ejército francés un vicio que no podían presumir los militares y estadistas de hace treinta años: ha aparecido la palabra derecho, y ella implica fatalmente una disminución en el valor relativo de la palabra deber. Cumplirán con éste, eficazmente, por la ciencia y la experiencia que poseen, los generales y oficiales, pero ¿se encontrará á la misma altura la masa de hombres armados? Este es el problema que preocupa hondamente á nuestros vecinos y que la próxima guerra, distante ó cercana, habrá de poner en claro. Sigamos de cerca, cuando el caso llegue, el proceso del conflicto armado, porque todos tendremos que aprender, para seguir la orientación hoy general, ó, más probablemente, para emprender nuevos derroteros.

J. A.

EL VALOR DEL ARMA BLANCA

(Continuación)

El punto de vista austriaco

Cierto oficial de estado mayor que estuvo agregado algún tiempo en el ejército ruso, dió á su regreso en Viena una lectura en el Círculo militar, en la que se encuentra el siguiente párrafo:

“Cuando yo llegué á Manchuria, la máxima del general Suvarov sobre el empleo de la bayoneta era objeto de todas las conversaciones en el ejército ruso; y cuando uno contemplaba el magnífico aspecto de los soldados rusos y lo bien que manejaban los fusiles, con las largas bayonetas armadas, no podía menos de creer que serían capaces de derrotar á cualquier enemigo. Durante la revista de Liao-yang, antes de la batalla de Chulieng-cheng, el general Kuropatkin me dijo: ¿Qué le parecen á V. nuestros robustos y bien conformados soldados? ¿No son admirables? En un ataque á la bayoneta, cada uno de ellos necesitará tres enemigos. Cuando yo veía aquellas tropas, me las imaginaba impregnadas del espíritu ofensivo á que se referían las instrucciones del general; pero después de presenciar el primer combate, comprendí que me había equivocado. Vi que el caluroso discurso sobre los ataques á la bayoneta no era más que un conjunto de palabras enfáticas y hueras, que no contenían la esencia de lo necesario. Aquellos rusos no comprenden que el fusil es hoy el arma principal para la infantería y que la bayoneta tiene su valor limitado al ataque”.

“El mayor Dani, antiguo agregado militar en Tokio, juzgando aquella campaña escribió lo que sigue:

“Tanto de mis propias observaciones sobre los grandes campos de batalla, como de las relaciones de los actores, aparece que el resultado de casi todos los combates se debió á la bayoneta. El fuego solo era capaz de rechazar al enemigo por si mismo cuando este se colocaba en un lugar donde convergían los fuegos cruzados, ó era sorprendido ó carecía absolutamente del más mínimo abrigo. Fijándose en esto, un gran número de oficiales extranjeros llegaron á la conclusión que era menester cambiar la táctica. Voy á dar algunos ejemplos y presentar el resultado del arma blanca y del fusil, tanto en los combates de preparación como en los encuentros decisivos.

a.—*Ejemplos de combates decididos por la bayoneta.* En la batalla del Yalú, el ala derecha del ejército ruso no comenzó á retirarse hasta que recibió el ataque á la bayoneta de la Segunda División. En la batalla de Chiao-tu, la porción del ejército ruso que fué atacada de frente quedó derrotada por un ataque á la bayoneta. Durante la batalla de Liao-yang, una gran parte de los combates nocturnos fueron resueltos por ataques á la bayoneta. Además, los combates durante el día, en el gaolián, en el que tomó parte la brigada Orloff, fueron resueltos por un ataque á la bayoneta. En la batalla del Sha-ho, tanto los combates diurnos como los nocturnos se decidieron por el mismo medio. Debe mencionarse en particular el combate junto al ala derecha, en Lang-tu-shang. En la batalla de Mukden, las divisiones japonesas segunda y duodécima tuvieron que valerse de un ataque á la bayoneta para arrojar al enemigo de los atrincheramientos que había construido junto al río.

b.—*Ejemplos decididos por el fuego.* Durante la persecución que siguió

á la batalla de Ha-ma-tang, el 1.^o de mayo, el enemigo se vió obligado á rendirse por causa del gran volumen de fuego que se concentró á su alrededor. En la batalla de Chao-tu, el combate en el ala derecha rusa se decidió por el fuego convergente de los japoneses. En la batalla de Tauan y Yushuling, varias pequeñas acciones de detalle se resolvieron por el fuego. En el ataque de Su-Shan, en la batalla del Sha-ho, se obtuvo la victoria gracias al fuego de enfilada de la brigada de Okasaki. Resolvióse el combate de Pensi-hu por haber entrado en acción las ametralladoras de la segunda brigada de caballería. Durante el ataque contra Wai-tu-shan, el triunfo fué debido en realidad al fuego, porque cuando la columna de asalto llegó á la posición con las bayonetas armadas, el enemigo ya la había evacuado. Son innumerables los casos en que fracasó el ataque bajo el efecto del fuego del defensor; si reflexionamos sobre este hecho, comprenderemos que es perfectamente lógico. En la batalla de Motienling, el ejército ruso desistió de su ataque por el fuego de los japoneses; en esta ocasión, á despecho de la superioridad del número, faltó la confianza á los rusos y se replegaron. En la batalla de Tauan y Yu-shu-ling, los atacantes no habrían alcanzado la victoria á menos que hubiesen obrado por sorpresa. Al principio de la batalla de Liao-yang, el ejército japonés, aleccionado por la experiencia, no ejecutó un solo ataque de día; siempre que lo intentaron fueron rechazados por el fuego; y del mismo modo, el ataque ruso contra la división de la Guardia, en pleno día, fué repelido por el fuego de fusilería. Durante la batalla del Sha-ho, tanto los ataques de los rusos como los de los japoneses tuvieron mucho que sufrir por el fuego. En la batalla de Mukden, el tiro de los rusos mantuvo en sus trincheras á los japoneses durante diez días; un pequeño éxito se obtuvo por un ataque nocturno, cuando no era tanto de temer el tiro.

“Basándose en lo que antecede se llega á la conclusión siguiente: Debe usarse la bayoneta cuando los defensores se resguardan en posiciones perfectamente cubiertas y protegidas del fuego de fusilería; también, cuando se desenvuelva un avance y el fuego del enemigo no se amortigüe y continúe intensamente contra los atacantes, éstos tendrán que aguardar probablemente á la noche. De suerte que siempre que el fuego resulte inútil por hallarse el enemigo á cubierto, habrá de pensarse en acudir á otros medios para derrotarle”.

El punto de vista inglés

El nuevo Reglamento de campaña, que lleva la fecha de 1909, contiene el siguiente párrafo:

“La esencia de la táctica de infantería consiste en abatir por el fuego la resistencia del enemigo, y completar la ventaja por el asalto. Aunque el enemigo no quiera rehuir el asalto, la infantería ha de estar animada

por el deseo de cruzar sus armas con aquél. Las tropas á cubierto, á menos que sean enfiladas, rara vez serán arrojadas de su posición por el fuego solo; aunque la decisión por el fuego fuera posible, tardaría mucho en obtenerse. Por consiguiente, para desalojar al enemigo del campo, es necesario el ataque ó por lo menos la amenaza de efectuarlo“.

Más adelante dice el mismo Reglamento:

“La característica del ataque de infantería es el asalto, que ha de ser hecho posible por el fuego. La superioridad del fuego será advertida por la primera línea de combate, y sus señales serán la debilitación del tiro enemigo y tal vez los movimientos de individuos ó pequeños grupos desde la posición hacia atrás. El impulso para el asalto debe por consiguiente partir de ordinario de la primera línea de combate, y el deber de su comandante consiste en apreciar cuando llega el momento del asalto, para efectuarlo, y los demás comandantes cooperarán en él todo lo más pronto que puedan. Si es necesario dar el impulso para el asalto desde la retaguardia, se arrojarán en combate todos los refuerzos disponibles, y en cuanto lleguen á la línea de fuego la arrastrarán consigo y atacarán la posición“.

“Acontecerá á menudo que se presentarán ocasiones favorables para el asalto en puntos que no sean el del ataque decisivo. Tales ocasiones serán aprovechadas desde luego, y se ejecutará un ataque local. El resultado de efectuar un asalto contra una parte de la posición no podrá menos de debilitar al defensor en toda la línea, y puede obligarle á retroceder en todo el frente“.

Ejemplos de la guerra ruso-japonesa

El autor da cabida en su trabajo á varios ejemplos del uso del arma blanca durante la guerra ruso-japonesa; todos ellos son muy interesantes, y se refieren á combates de día, combates nocturnos, defensa de posiciones, persecución y retirada, en tiempo de lluvia y niebla y durante el sitio de Port-Arthur. Algunos de esos episodios eran ya conocidos, aunque no con tantos detalles como se encuentran en el trabajo que extractamos, y otros no tienen grande importancia. Por este motivo nos limitamos á copiar tres, tanto por ser buenos ejemplos de la tesis, como por tratarse de combates poco conocidos á pesar de lo mucho que se ocuparon de ellos los escritores militares á raíz de haber acontecido.

La columna Yamada en el Sha-ho

Durante la batalla del Sha-ho, el 16 de de octubre de 1904, la columna Yamada del Cuarto Ejército, que estaba frente al enemigo y á corta distancia de él en Wan-pao Shan, comenzó á retirarse. Voy á describir el

terrible combate cuerpo á cuerpo que tuvo lugar cuando el enemigo avanzó en su persecución.

El Mayor general Yamada, comandante de la columna (que se componía del 44.º regimiento de infantería, el 20.º regimiento de infantería Kobi, el 11.º regimiento de infantería, un batallón de artillería de campaña y un batallón de artillería de montaña) obrando según instrucciones recibidas del estado mayor del Cuarto Ejército, dió la orden de retirarse á las 6 y 15 de la tarde. A las 6 y 30, el regimiento Kobi fué empeñado en un combate de fusilería con el enemigo de la orilla derecha del Sha-ho. Poco después de ponerse el sol, cuando apenas se distinguían los colores de los objetos más próximos, una numerosa fuerza enemiga, sin disparar un tiro, apareció frente al regimiento de Kobi y al batallón del ala derecha del regimiento 18.º de la tercera División, que estaba enlazado con el extremo izquierdo del regimiento Kobi. Lanzando grandes voces, el enemigo atravesó la línea del ala derecha del batallón del 18.º regimiento, y se puso en el flanco y retaguardia del regimiento Kobi. La compañía número I, que formaba el ala izquierda de la primera línea de ese regimiento, hizo inmediatamente frente al S. y atacó desde luego al adversario. A causa de lo imprevisto del ataque y de la desproporción numérica, parte de la compañía fué rechazada hacia la salida norte de un pequeño pueblo cercano; el resto huyó y se reunió con la segunda compañía, y se trabó un combate cuerpo á cuerpo; el comandante de la compañía y dos comandantes de sección fueron muertos, y la compañía se dispersó hacia el E., refugiándose una pequeña parte en aquel pequeño pueblo. La cuarta compañía del primer batallón del mismo regimiento Kobi tomó posición frente al O., en la orilla E. de un profundo camino; esta fuerza realizó los más desesperados esfuerzos y contuvo al enemigo, que había avanzado después de derrotar á la segunda compañía, deteniéndole en el borde O. del citado camino hondo.

Un poco antes de esto, las compañías tercera, quinta y sexta de primera línea recibieron un ataque de flanco y fuego de revés en la dirección de Wan-pao Shan; mientras sus bajas iban en aumento, vieron como se dispersaba una parte del ala izquierda de la primera línea; engañados por creer que se retiraba el primer batallón, se retiraron á su vez en dirección S. E. La cuarta compañía, mandada por el comandante del primer batallón, quedó por consiguiente sola en el borde E. del camino hondo, donde presentó una tenaz resistencia al enemigo hasta las 8 de la noche. Poco antes (las 6 y 35) el comandante del 20.º regimiento Kobi, hallándose en las proximidades de un pueblo situado á unos 1.000 metros al N. E. de Hou-santao-kang-tzu, y al S. E. del mismo, recibió simultáneamente el parte del ataque del enemigo y la orden para retirarse del comandante de la columna. Pero, como las circunstancias no le permitían retirarse entonces, determinó repeler al enemigo por medio de un contraataque. Tomando sus

reservas, la compañía número 7 (con la bandera) y la número 8, avanzó hacia el N. con el comandante del 2.º batallón hasta el cruce de caminos en medio del pueblo situado á unos 1.000 metros al N. E. de Hou-san-tao-kang-tzu, donde emprendió un ataque de flanco contra el enemigo que combatía contra la compañía número 4, y lo arrojó fuera del camino.

Entre tanto, el comandante del regimiento recibió un parte diciendo, que el enemigo había entrado en el campamento temporal que había en nuestra retaguardia, desde una dirección O.; detuvo entonces á su tropa, y dejando á la octava compañía, hasta entonces la de extrema retaguardia, inclinada á la derecha, avanzó hacia el O. desde el cruce de caminos. Empeñóse un ataque contra el cuerpo enemigo cerca del campamento, dispersándole y persiguiéndole hasta los límites O. del pueblo. Después de avanzar al N. unos 30 ó 40 pasos, por la parte O. del pueblo, una numerosa tropa enemiga apareció de pronto lanzando fuertes gritos, y atacó nuestro frente y flanco izquierdo, empuñándose un combate al arma blanca. La cabeza de nuestra columna quedó diezmada, pero el resto volvió al ataque con el mayor denuedo.

Durante este tiempo, el enemigo que había avanzado por el N. del pueblo y que estaba apretando á la compañía número I á cubierto de las casas y muros, comenzó á amenazar nuestro flanco derecho y nuestra retaguardia. Además, iba en aumento el número de nuestros adversarios en el frente, de modo que las compañías 7 y 8 fueron arrojadas hacia atrás, hasta cerca del cruce de caminos. Un cuerpo enemigo cargó á lo largo del camino desde el N. hacia el cruce de caminos, pero una parte de la compañía número 7 se opuso desesperadamente y consiguió desalojar al enemigo del pueblo. (Todos los oficiales de las dos compañías habían sido ya muertos ó heridos). El adversario intentó varios ataques después de esto, para conquistar el pueblo, pero sin éxito.

El adversario abandonó entonces la idea de un ataque directo contra nuestro frente; una parte de sus fuerzas rompió el fuego desde diferentes lugares al O. del pueblo, mientras el cuerpo principal avanzaba por el S. y amenazaba la línea de retirada del regimiento. Inmediatamente después otra porción del enemigo apareció 30 ó 40 pasos al S. del cruce de caminos; esta fuerza fué rechazada y nuestra bandera de guerra quedó plantada en un lugar situado á unos 300 metros al S. E. del pueblo; el regimiento rompió un vivo fuego desde la dirección de Wan-pao Shan, pero como el enemigo se iba acercando gradualmente por el S. O. del pueblo, fué imposible impedir que el regimiento huyera en desorden. Una patrulla de oficiales, que había sido enviada por el batallón número I para establecer el enlace con el 41.º regimiento, fué batida por el fuego de fusilería desde la cúspide de Wan-pao Shan, y hubo de retroceder; entonces el comandante del 20.º regimiento Kobi dió la orden para la retirada general. Eran un poco más de las 8 de la noche, cuando la tropa comenzó á retirarse en dirección á Chien-san-tao-kang-tzu.

(Continuará)

EL COMBATE DE INFANTERÍA

De un periódico extranjero copiamos el siguiente extracto de un artículo publicado en el *Russkii Invalid* y debido á la pluma de A. N. Apujtin.

“A consecuencia del perfeccionamiento de las armas de fuego, las reglas de la táctica han sufrido profundas modificaciones. Esto se ha visto claramente durante la guerra de Manchuria en 1904-1905. El cambio en los procedimientos de combate hace imposible determinar reglas fijas para las acciones de la guerra. Es menester limitarse á dar indicaciones generales, dejando á los ejecutantes el cuidado de elegir los procedimientos que mejor respondan á cada particular. El combate de la infantería varía en sus aspectos y sus métodos, lo mismo que la ola que rompe en la playa ó que la duna movediza del desierto.

Bajo la potencia actual del fuego, han aumentado los frentes y las profundidades; los movimientos de los jefes, aunque se realicen á pie, son á veces imposibles. Los oficiales, incluso los comandantes de batallón y de compañía se ven obligados á limitar su acción á indicar el objetivo que ha de alcanzarse. De aquí la necesidad de la iniciativa de todos, hasta el soldado inclusive, de la preparación táctica, del amor á la responsabilidad, del deseo de conquistar la victoria sin fijarse en las pérdidas.

El comienzo del combate de infantería ha de producirse en las condiciones más favorables. El conjunto de las medidas tomadas con este objeto, constituye la preparación del combate. Este comprende el reconocimiento que da el conocimiento del terreno y la posibilidad de enlazarse con las tropas vecinas y las medidas de seguridad á corta distancia. Bajo la protección del servicio de seguridad la tropa espera la orden de entrar en acción. Este es un período de reposo para los soldados, pero de intenso trabajo para los jefes, que es tan necesario en la ofensiva como en la defensiva.

Cuando se entra en la zona del fuego de artillería, no son únicamente los soldados quienes han de saber utilizar los abrigos, sino también los oficiales que ejecutan los reconocimientos y aseguran los enlaces, puesto que si se descubren dan á la artillería enemiga la posibilidad de regar con tiro de shrapnel el terreno en que se encuentra su tropa. Es indispensable el estrecho enlace de la infantería con la artillería, porque á menudo la primera tendrá necesidad del apoyo de la segunda, aunque esté lejos, para moverse. En la zona batida por el fuego de la artillería, no será siempre ventajoso seguir el camino más corto: un itinerario más largo, pero desfilado, en el que se pueda marchar sin detenerse y sin dispersarse será á menudo el mejor. Hay que esforzarse en llegar lo más pronto posible al último abrigo, sin preocuparse de la regularidad, ni de la observancia de las formaciones reglamentarias.

Cuando se entra en la zona del fuego de infantería, conviene discernir

á tiempo las posiciones de tiro convenientes y ocuparlas con precaución, evitando todo lo que podría denunciar prematuramente la tropa al adversario. Exploradores demasiado numerosos impiden abrir el fuego, de modo que si el terreno es despejado más vale renunciar á ellos.

Para evitar las pérdidas puede recurrirse á medios pasivos y á medios activos. Los primeros consisten en cubrirse de las vistas del enemigo, utilizar el terreno. Los segundos son el fuego de la artillería y de la infantería, gracias al cual se infligen pérdidas al enemigo ó se le impide hacer uso de sus armas. El rasgo característico del combate de infantería consiste en la combinación del fuego y del movimiento. En ausencia de la artillería, las fracciones de infantería vecinas deben protegerse mutuamente por el fuego, lo que se obtendrá si todo el frente enemigo se ve obligado á suspender su tiro. Para esto es indispensable una vigilancia activa del adversario, y los soldados han de estar acostumbrados á abrir un tiro ajustado. Una gran ventaja de la combinación del movimiento con el fuego de la artillería, es la posibilidad para esta última de continuar disparando por encima de la infantería asaltante que por su marcha obliga á descubrirse á la infantería enemiga. En tanto no cesa el fuego enemigo, el movimiento de la infantería es muy lento. Para conseguir adelantar 100 ó 150 pasos, moviéndose á gatas, se necesitan á veces varias horas. "Retroceder bajo el fuego del fusil actual, equivale á morir."

El ataque es un fuego que se acerca progresivamente al enemigo. No se trata, es claro, del fuego que se ejecuta en marcha. Nunca se puede tener la seguridad de que el fuego enemigo ha sido definitivamente apagado, y no suspendido momentáneamente. Por consiguiente, la menor tentativa que haga el adversario para reanudar el tiro, ha de ser enérgicamente rechazada. Avanzar sin disparar sería perjudicial, á menos que el terreno ofrezca un abrigo casi completo, porque es menester esforzarse en poner el mayor número de enemigos fuera de combate.

La experiencia de la guerra ruso-japonesa ha enseñado que antes de llegar al choque de la bayoneta no deben recorrerse á la carrera más de 30 ó 40 pasos, porque de lo contrario los hombres llegan muy fatigados. Después de un ataque á la bayoneta, los hombres están cansados y en desorden; lo más que pueden hacer es ocupar la posición hasta que lleguen reservas. La artillería juega un papel importante tanto en la preparación como en la ejecución del ataque á la bayoneta. Si el defensor se decide á aceptar la lucha cuerpo á cuerpo, será preferible moverse y tomar la contraofensiva, que no esperar á pie firme. Algunas veces, es preferible evacuar una posición y ocupar otra más atrás para acoger al asaltante que se cree vencedor, con un intenso fuego, pero esta maniobra requiere tropas excelentes y bien instruidas.

En la misma guerra se vió que el fuego más frecuente es el individual, disparando los soldados á la velocidad que mejor estimen. La dirección

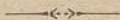
del fuego pasa forzosamente á los jefes de grupo, y á veces á los mismos soldados. El mantenimiento de la disciplina se asegura si el jefe puede hacer cesar el fuego á una señal, lo que en ocasiones resulta difícil. En la última guerra, la infantería abría fuego eficaz á la distancia de 1500 á 2250 pasos.

Se obtuvieron los mejores resultados á la distancia de unos 900 pasos; á partir de los 600 pasos el fuego perdía su precisión, la tensión nerviosa se acentuaba y las balas pasaban altas.

Basta que entre los tiradores haya intervalos de dos á tres pasos. Aunque se aumenten á cinco ó seis no se disminuye la vulnerabilidad. Antes de comenzar un salto, hay que indicar á los hombres la nueva posición á que ha de llegarse. Bajo un fuego violento del enemigo, los saltos han de ser bastante cortos para que el adversario no tenga tiempo de romper el fuego; se reducirán á 30 ó 40 pasos, lo que equivale á 10 ó 15 segundos. Habrá casos en que no se podrá correr más de 5 ó 6 pasos. Arrastrándose; no se pueden avanzar más de 20 ó 30 pasos por minuto. Es imposible dar reglas fijas para la ejecución de esos saltos.

La bayoneta no ha perdido su importancia, como se demostró brillantemente en la guerra ruso-japonesa. Desde la época napoleónica, la bayoneta no fué nunca tan empleada como por rusos y japoneses. La potencia moral de la bayoneta ha conservado toda su importancia y las pérdidas que causa son terribles. Al día siguiente de la toma por los rusos de las colinas Putilov y Novgorod, se recogieron más de 1.300 cadáveres japoneses, obra casi exclusiva de la bayoneta. Para que esta arma dé buen resultado, no basta la fuerza física; es menester tener agilidad y destreza, lo que exige que se haya practicado el uso de la bayoneta, en tiempo de paz.

La fatiga desempeña un gran papel en la acción de las tropas, sobre todo para la infantería en el combate. Hay que economizar las fuerzas del infante, y ante todo aprovechar las ocasiones de que pueda dejar la mochila en tierra, aunque solo sea por algunos minutos. Es criminal dejar á los hombres con la mochila á la espalda durante toda la duración del combate por el fuego, sin una necesidad absoluta.



LA LANZA DE LA CABALLERÍA FRANCESA

Hasta ahora, los regimientos de dragones son los únicos que están armados de lanza en el ejército francés, pero se anuncia para un plazo breve la dotación á los regimientos de cazadores y de húsares de la misma arma, con lo que toda la caballería ligera quedará transformada en lanceros.

A imitación de lo hecho recientemente en el ejército alemán, la nueva lanza francesa llevará un tope que impida la excesiva penetración en el

cuerpo humano, pero así como la lanza alemana está provista con este objeto de una esferilla de diez centímetros de diámetro, la francesa llevará un anillo, que por su menor peso no alterará el equilibrio del arma. El asta será de acero hueco, con guardamano, en lugar de bambú.



LOS GENERALES DEL EJÉRCITO ITALIANO

Según el Anuario para 1911, el número de generales en activo servicio en el ejército italiano es de 153, sin incluir el duque de Aosta y el conde de Turin, de los cuales hay 56 generales de división y 97 generales de brigada.

1.º Funciones en 1.º de enero de 1911.

Por 100	Generales de división	Generales de brigada	Total
1,3 en la Corte.....	1	1	2
18,9 en los Ministerios y destinos que no son de tropas.	10	19	29
78,3 en mando de tropas.....	44	76	120
1,3 sin empleo ó destino.....	1	1	2
Totales.....	56	97	153

2.º Edad media de los generales de división en 1.º de enero de 1911.

El más anciano tiene 68 años, el más joven 54 años, y la edad media es de 62 años.

3.º Edad media de los generales de brigada. El más anciano tiene 62 años, el más joven 51 años, y la edad media es de 55 años.

(De la *Revue Militaire des Armées Etrangères*)



LA ARTILLERÍA FRANCESA DE CAMPAÑA

Cada cuerpo de ejército comprende dos regimientos de artillería divisionaria y un regimiento de artillería de cuerpo, los primeros de nueve baterías y el segundo de doce, todas de cuatro piezas; pero en un plazo corto el número total de piezas del Cuerpo se elevará de 120 á 144, distribuidas del modo siguiente: tres grupos de tres baterías á cada división de infantería; dos fracciones independientes, cada una de tres grupos de tres baterías, como artillería de Cuerpo.

En total cuenta el ejército francés ó contará en un breve plazo, con 618 baterías montadas de 7,5 centímetros, 15 baterías de montaña, 16 baterías á caballo, y 21 baterías montadas de 155 milímetros de tiro rápido. En el cuerpo de Argelia y Túnez hay además 15 baterías montadas y 4 baterías de montaña. Todas ellas son de cuatro piezas.